

# EDITORIAL

## CIUDADANÍA EN MOVIMIENTO: DEL CLIC A LA CONSTRUCCIÓN DE LO PÚBLICO

<https://doi.org/10.26439/piedepagina2026.n18.8719>

A menudo se repite que los jóvenes se han alejado de la política, como si la vida pública les resultara irrelevante. Pero esa lectura confunde el rechazo a ciertas instituciones con la indiferencia. La tesis que atraviesa este número es otra: la ciudadanía juvenil en el Perú no está apagada; está transformándose. Lejos de la apatía, los jóvenes opinan, se organizan, se movilizan y buscan incidir en la vida pública. Lo hacen, eso sí, desde una desconfianza persistente hacia los canales de incidencia tradicionales. El problema no es la ausencia de interés, sino la fragilidad de espacios legítimos capaces de reconocer su voz y convertirla en participación sostenida.

Esta transformación se entiende mejor si miramos la brecha entre representación y realidad. Existe una juventud mayoritariamente pragmática, orientada a causas concretas. A la vez, persiste un vacío de legitimidad: los partidos, el Congreso y las élites políticas operan con una credibilidad extremadamente baja, lo que vuelve sospechosa cualquier invitación a “participar”. En ese marco, la política se vive por episodios: estallidos de alta cohesión y visibilidad que, al no contar con estructuras duraderas ni puentes institucionales confiables, se dispersan con rapidez. No es porque la energía se agote, sino porque el sistema ofrece pocas rutas para convertir la indignación en acuerdos estables y los reclamos en políticas públicas.

La transformación de la ciudadanía también se juega en el terreno informativo. La democracia no funciona en piloto automático: exige hábitos de escucha, argumentación y verificación. En la era de la sobreinformación, esos hábitos requieren una musculatura crítica más exigente, porque circulan industrias de desinformación, contenidos fabricados en serie y estrategias de microsegmentación potenciadas por la inteligencia artificial que explotan emociones y sesgos para manipular. Frente a algoritmos opacos que nos encierran en burbujas, la educación mediática deja de ser un complemento y se vuelve una tarea formativa central: se trata de pasar del consumo al discernimiento, del impulso al análisis.

A estas limitaciones se suman mecanismos de exclusión que degradan la deliberación democrática. La violencia de género en la vida política, amplificada en redes sociales, funciona como una pedagogía de la crueldad: silencia y busca expulsar a las mujeres jóvenes del espacio público. No es un exabrupto, es un modo sistemático de quitarle voz a las mujeres. Cuando se normaliza, se empobrece la conversación ciudadana y se estrecha el repertorio de voces autorizadas.

Este número subraya que la indignación puede encender el debate, pero no sostiene una democracia. Lo que la sostiene es la integridad: reglas, procedimientos y culturas institucionales que vuelven más difícil la impunidad. Por eso, importan la ética profesional, el *compliance* entendido como prevención real (no como burocracia) y el aprendizaje de normas de convivencia que protejan lo público. Pero el nosotros no se construye solo con reglas: también requiere reconocimiento y empatía, disposición a corregir creencias y combatir jerarquías naturalizadas como el racismo. En paralelo, la agenda climática y social aparece como la puerta de entrada a una ciudadanía propositiva: conecta lo global con lo local y convierte a los jóvenes en actores de solución, no solo de protesta.

El desafío, entonces, es establecer condiciones para que esa energía, hoy dispersa entre clics y protestas episódicas, se traduzca en incidencia sostenida y constructiva. La universidad, en ese sentido, se convierte en el espacio para formar criterio y fomentar la discusión.